



Instituto Ntra. Sra. Del Buen y Perpetuo Socorro
Instituto Incorporado a la Enseñanza Oficial (A-338)
Irigoyen 1143 – Ciudad Autónoma de Bs. As. (CAY 1407)
Te/fax.: 4567-1175 / 4566 – 2146 - www.institutobps.com.ar

Madre María Agustina Fundadora de las Hermanas de Caridad de Nuestra Señora del Buen y Perpetuo Socorro

Hay en la vida momentos claves, reveladores de la Gracia que vive y obra en cada uno de nosotros. El 7 de diciembre de 1835 fue sin duda en la vida de Madre Agustina uno de esos momentos: Seré Hermana de Caridad, dijo.

¿Qué significaba para esa niña de diez años ser Hermana de Caridad? Simplemente ser un alma consagrada al Señor en el servicio a los hermanos. Así de simple, así de extraordinario. Ser Hermana es lo más fuerte, lo más cercano, lo más accesible, la mejor expresión de amor; es un ser que revela e inspira confianza, un ser que no se mide, que se da entero por el otro. De Caridad implica ser hermanos en el amor, en la entrega, en un servicio permanente.

Esa es la identidad de Madre Agustina. El sello de la Gracia en ella. La Caridad y la Humildad son las virtudes básicas de su espiritualidad, nacidas de un corazón tierno y sensible al amor del Corazón de Cristo.

Madre Agustina sólo tiene un deseo: darse al Señor y pertenecer a Él. Y aconsejada y sostenida por el Padre Massuy y Monseñor Collier, se dedica a la oración y a las obras de caridad pidiendo constantemente al Señor que le señale el camino que debe seguir.

Desde el comienzo de su formación religiosa Madre Agustina cultivó siempre un entrañable amor a María y una filial confianza en su maternal protección. A Ella consagró su inocencia y orfandad en la niñez. A Ella acudió en su adolescencia con simplicidad. A Ella se encomendó de manera especial cuando tuvo que decidir su vida en la juventud.

Resuelta a ser Hermana de Caridad, sin saber ni cómo ni dónde, porque en la Isla Mauricio (su lugar de nacimiento) no había religiosas que se dediquen al cuidado de los pobres, le pide a la Virgen: “Madre Mía: o me quitas la vocación religiosa o me pones en condiciones de cumplirla”. Y es así que al comenzar el mes de María, entre las lecturas encuentra el título de Madre del Buen Socorro y enseguida la compromete: “Ya que habéis sido buen socorro para otros, sedlo también para mí”.

El 24 de mayo de 1850, día de la Virgen del Buen Socorro, hace sus votos en manos de Monseñor Collier. Y pocos días después es llevada a una pequeña casa para dar origen a una nueva fundación. Así simplemente nace la Congregación de Madre Agustina: una casita, poco dinero y una compañera, la Sra. Evin, para ayudarla hasta la llegada de las primeras religiosas. Pronto deben mudarse a una casa más grande para tener una Capilla y una pequeña sala de enfermos.



En 1856 fundó un hospital en la Parroquia de Pampléouse donde se recibían toda clase de enfermos, sobre todo los más pobres y abandonados. Enfrentaron epidemias de cólera, viruela y fiebre amarilla y bajo la protección del Señor ninguna hermana se enfermó.

En esos tiempos las hijas de Nuestra Señora del Buen Socorro iban a las barriadas para curar, consolar y bautizar a los enfermos, llevando junto con la medicina la Palabra del Señor.

Se infancia sola y desvalida la marcó profundamente. Tanto que abandonó a su propia familia para ser madre de centenares de hijos que el Señor puso bajo sus cuidados. Hay una anécdota que refleja su profunda entrega a los niños. Se acostumbraba en Navidad a preparar el Nacimiento en una gruta de la Virgen de la Salette. Y en la víspera de la fiesta fue una Hna. a colocar la imagen del niño en la cuna preparada y grande fue su sorpresa al encontrar en ella un niño recién nacido. Emocionada lo toma en brazos, lo envuelve y lo lleva a la Madre que enternecida lo muestra a la comunidad diciéndoles: “Este es el regalo del Niño Dios. De hoy en adelante seré su Madre”. Vivió por los niños, sufrió y trabajó por ellos. Se hizo madre, maestra y sostén. No siempre pudo salvar sus debilitados cuerpos, pero sí logró abrirles las puertas del Cielo por el Santo Bautismo.

El 2 de febrero de 1857 María Agustina dio principio a una nueva obra, la más conmovedora de cuantas hasta la fecha llevaba fundadas, su obra predilecta: el hospital de leproso.

La imagen de Cristo doliente y encarnado en su Pasión, fija en la mente y corazón de la fundadora, le hacía ver en estos enfermos, el rostro vivo del Divino Esposo que imploraba su alivio y protección. En varias oportunidades se la vio besar con ternura el rostro carcomido de un pobre leproso que se acercaba a abrazarla. El reflejo de Cristo que ella veía en él, la hacía más fuerte y generosa.

La caridad de María Agustina fue humilde, pues a pesar de haber sido modelo de piedad, caridad y modestia, tenía muy baja opinión de sí misma. Si tomó la decisión de fundar una Congregación no fue por considerarse capaz, sino por la fuerza de la llamada del Señor. Y con quienes más mostró esa humildad fue con los pobres de quién se sentía una humilde servidora. Siempre dispuesta a servir, jamás quiso ser servida.

Uno de los más hermosos distintivos de la caridad de Madre Agustina fue su prudencia. Tenía una mezcla de discreción para pedir consejos y firmeza para ejecutarlos. Era de palabra mesurada, siempre calma y serena, tenía el arte de componer los malestares de la comunidad y pequeños encuentros entre las Hermanas. Escuchaba con paciencia, soportaba los fastidios y una palabra suya dicha con maternal dulzura bastaba para sosegar una tempestad. Solía repetir “Los corazones se conquistan con la dulzura y la bondad”.

Su caridad confiada en Dios era plena, sin reservas y con una fe inquebrantable en la oración. Hacía de la oración su remedio más seguro, su apoyo más fuerte. Solía decir: “El Señor sabe bien lo que nos hace falta. Ciertamente dispondrá como mejor nos convenga” y luego esperaba con calma, paz y serenidad.



Instituto Ntra. Sra. Del Buen y Perpetuo Socorro
Instituto Incorporado a la Enseñanza Oficial (A-338)
Irigoyen 1143 – Ciudad Autónoma de Bs. As. (CAY 1407)
Te/fax.: 4567-1175 / 4566 – 2146 - www.institutobps.com.ar

Madre Agustina fue siempre de complexión fuerte pero llena de achaques y repetidas enfermedades. Fiebres reumáticas la atacaron frecuentemente produciéndole grandes y fuertes dolores. Jamás un lamento salía de su boca.

Trabajando en un clima agotador, viajando de un lado a otro, velando noches enteras a la cabecera de los enfermos, su mal fue tomando cuerpo. Once años de continuos ataques la llevaron en 1877 a sufrir una apoplejía y comenzar a padecer una parálisis progresiva.

Sus males físicos jamás calaron en su ánimo. Deseaba visitar a sus hijas en Mauricio y de Bélgica (en aquel momento residía en Roma) pero debía resignarse a acompañarlas y dirigir las por escrito. Conservaba la lucidez e inteligencia y seguía gobernando el Instituto por nombramiento expreso de la S. Congregación. Los Cardenales de la Iglesia la llamaban “La Madre que hace la voluntad de Dios”.

Quince años de inmovilidad física no le impidieron recibir, consolar y aconsejar a sus hijas. Cuánto dolor y tormento para ese espíritu responsable de una maravillosa Obra de Dios.

Se entrega fue siempre absoluta e incondicional, a pesar de la persecución sistemática que sufrió por 25 años y que llegó a poner en peligro la continuidad de su Instituto y toda su Obra. Nuestra fundadora sufrió un verdadero calvario de humillaciones, calumnias y ultrajes, llevándolo todo en paz y con calma diciendo: “Es la voluntad de Dios, que se haga su voluntad”. Se vio obligada a acudir a Roma para impedir la muerte de su obra a pesar de la prohibición del Obispo.

Pero su alma templada en fe y el amor de Dios solo tuvo una meta: “La voluntad de Dios” y así exclamaba: “Soy una víctima en la mano del Señor, que me trate como mejor le parezca”

El 28 de enero de 1900 entrega su alma al Señor en un acto de amor y abandono. Los restos mortales de Madre María Agustina descansan en la capilla de la casa generalicia, su alma vive en la caridad de sus hijas, en su entrega generosa, que hacen de sus vidas un sacrificio permanente ofrecido al Señor para su Gloria y el bien de los hermanos.

El Carisma de Madre Agustina: “Seguir a Cristo con el deseo de anunciar el mensaje evangélico, mediante el cuidado de los enfermos, ancianos, necesitados y la enseñanza y educación cristiana de la juventud”, es un maravilloso programa para las almas generosas que se sienten llamadas por Dios para servirle en sus hermanos, sobre todo los pobres.

“Dios es Amor” es el lema de la Congregación de Madre Agustina.

“Humildad y Caridad” sus virtudes fundamentales.

“Estar al servicio de la Iglesia” su máximo deseo.